



las brujas

celso castro



DESTINO

las  
brujas  
celso  
castro

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1497

© Celso Castro, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2020)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-233-5718-5  
Depósito legal: B. 1.923-2020  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso por Limpergraf  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## visiones

y a veces, y también quiero que lo sepas, a veces te juro que te odio, porque me utilizas, es lo que siento. y me desagrada que me utilices, que necesites mi voz, oírme hablar y hablar y hablar hasta dormirte, hasta que tu angustia se calme, hasta comprender que tampoco es para tanto —no, no es para tanto...— me decía el psicólogo, lo decía para —relativizar— y yo le hablaba de mis visiones y que algunas se repetían. y él —es lo que se denominan sueños recurrentes...— y no eran sueños, eran visiones. y yo intentaba explicárselo, explicarle que lo que me pasaba a mí no estaba en los libros, que estaba en mí, que era mi angustia, y no lo entendía. sí, asentía y sí, pero no lo entendía. y se recostaba en su sillón, en aquel cojín de color granate con forma de corazón, tan infantil, y con esa actitud resabiada de —tú cuenta, que ya saldrá...— y a mí se me iban las ganas de contarle

nada, porque además, lo que quería contar y sacar de mí, lo que pretendía exteriorizar era tan sumamente vago que... durante esas tres semanas que acudí a su consulta, no hice más que dar vueltas y vueltas alrededor sin lograr acercarme. en realidad, no quería acercarme, porque eran cosas íntimas, entre mi madre y yo, y no me parecía de buen gusto airearlas. recuerdo que siempre empezaba por mi visión ¿no? por mi primera visión, y acababa peregrinando cabeza adelante de nadería en nadería. y quién sabe, quizá de ahí, de esa primera visión, que la tuve a la edad de siete años, y... quizá de ahí provengan todos mis males, y no sea preciso perderme en menudencias, y en detalles insignificantes. seguro

bien, cuando mi padre —murió— llegaron las alergias. digo —murió— porque es lo que nos dijo mi madre —haceos a la idea de que está muerto...— luego me enteré de todo, que mi padre había vendido los terrenos arrendados y la casa de santa cruz, y también uno de los restaurantes, y se había marchado con una jovencita que era su ayudante de cocina, me lo contó lorena. en fin, que llegaron las alergias, y mi madre acondicionó el cuarto de arriba —el palomar— le llamaban, que sólo tenía un ventanuco, y me compró un ionizador. y

ella se quedó viviendo abajo con mi hermano, con alejandro, que era su favorito, porque había nacido primero, cinco años antes que yo, y porque lo había amamantado hasta los dos años, que ya era mayor y hablaba y seguía enviciado, y... hace poco estuve leyendo un libro que se ocupaba de esta materia, del destete, y resulta que todos los pediatras están de acuerdo en que las madres sienten predilección por los hijos que amamantan ¿vale? y... la visión, que un día, estaba en mi habitación haciendo los deberes, de espaldas al ventanuco, y noté una opresión así, en las sienes, y calor, mucho calor, un calor muy intenso en la nuca. y yo creí que era el sol, porque cuando declinaba un poco, su luz se colaba por el ventanuco y venía a iluminar el escritorio, y la pared, y... al girar la cabeza para corroborar que, efectivamente, se trataba del sol, sentí un vértigo espantoso, como si aquella luz tirase de mí hacia algún abismo, y me engullese... es difícil explicarlo, y... de pronto, me vi a mí mismo colgando en el vacío de un enorme pecho, grande como una colina ¿no? como una ladera que ascendía y ascendía y no terminaba nunca. y era de un cuero pulido y resbaladizo como mi mochila, la que llevaba al colegio, con ese color y esa textura, y además olía igual. y eso, que yo me abrazaba a aquel pezón, un cilindro casi inabarcable, y le clavaba los dedos, las uñas, para no caerme

esa fue mi primera visión, en la segunda había una ligera variante, o no tan ligera, porque una niña de ojos castaños, muy oscuros, prácticamente negros, me miraba desde el otro pecho, y cuando ya me iba a caer, me cogía de la mano, y nos quedábamos así, cogidos de la mano y mamando los dos, mirándonos... esa niña era lorena, aunque yo aún no lo sabía. pero sentía algo extraño, una aprensión o algo. a los niños tampoco les gustaba lorena, ni a las niñas, no les gustaba que participase en sus juegos, lo evitaban sin enfrentarse, porque su madre, me refiero a la madre de lorena, echaba las cartas, y te limpiaba del mal de ojo, y adivinaba el futuro y te aconsejaba y todo eso —su madre es bruja...— decían los niños. y yo sentía ese algo extraño, esa aprensión, quizá por su forma de vestir, con esos vestidos largos y floreados hasta el suelo, con los bordes deshilachados de gitanilla hindú, que a mí me avergonzaba ¿sabes? que me vieses con ella, porque ninguna niña vestía de esa manera, tan anacrónica. y una tarde, estábamos corriendo por los soportales del ayuntamiento, y supongo que pisó el vestido y se golpeó contra uno de los bancos de piedra, de granito, y se lastimó la rodilla, sangraba, y nadie quería acompañarla a su casa, porque tenían miedo. y me miró con los ojos llenos de lágrimas, aunque sin llorar, que no dijo ni ay, y se dio media vuelta y echó a cojear hacia su casa. y claro, tuve

que ir yo, porque su mirada fue de... reproche ¿no? y llegamos a su casa, nos abrió su madre y al verme, empezó a alborozarse y a abrazarme y besarme y llamarme por mi nombre. que yo no le concedí mucha importancia, porque estaba acostumbrado a que todas las personas mayores me conociesen y fuesen afectuosas conmigo. excepto alejandro, que nunca disimuló su antipatía, y encima mi madre no se cansaba de recriminarme en voz alta —eres igualito que tu padre...— y era como incitarlo a pegarme, que siempre me pegaba. me pegaba muchísimo, una vez se puso unos guantes de goma y me pegó en la cocina, me dijo que los guantes eran por la alergia, que no quería contagiarse, y se moría de risa, que se creía muy ingenioso. y como mi padre no estaba ahí para defenderme, y mi madre le regañaba con tanta tibieza, pues... en fin, fue precisamente alejandro quien desveló el misterio, lo hizo para burlarse de mí y para hacerme ver cuánto me aborrecía, ya te lo contaré. antes... nada, que la madre de lorena me abrazó y estaba contentísima de que hubiese ido a su casa, que en cada frase salía mi nombre, de verdad, me lo gastaba. y me invitó a merendar, y yo que no, que gracias pero ya había merendado, y ella insistiendo y que sí, y casi me metió el chocolate en la boca, que... a lorena no le hizo ni caso. bueno, y al final me enseñó su despacho, que olía muy



mal, un olor muy fuerte, a incienso, y a sándalo, creo, o aloe, y había una bola de cristal y crucifijos y telas de colores por las paredes y un retrato de nostradamus, o de otro, no sé. y también había un señor sentado, supongo que estaba consultándole algo y que las cartas eran adversas, porque nos sonrió con desgana

y eso, que volvió a abrazarme y mi nombre y se encerró con aquel señor en el despacho. y nosotros nos fuimos al cuarto de baño a coger algodón y tiritas y desinfectante, y después a la habitación de lorena, que me sorprendió mucho por su desnudez, por la absoluta ausencia de adornos, de peluches, que contrastaba con el despacho de su madre, tan recargado. bueno, esto lo pensé más tarde ¿no? porque cuando entramos en la habitación, lorena se tumbó en la cama y se levantó el vestido. las braguitas también eran de flores, de amapolas —¿qué miras?

—nada...

—pues atiende a la herida...— y le limpié la herida, le puse una tiritita, y... acabé y me dijo que ya podía mirar —ahora puedes mirar...— y abrió las piernas, y yo aparté el borde de la braguita y le estuve mirando todo. y ella —puedes tocarlo, si quieres...— y se lo toqué, se lo acaricié, que me

dejó. y luego me acarició ella a mí y me estuvo chupando hasta que oímos la puerta del despacho, que se abría, y... yo creo que la madre se dio cuenta, porque estábamos muy colorados, y además era bruja